

# LA DEFENSA DE CANFRANC EN 1808

Por ANTONIO SERRANO MONTALVO

**E**L 15 de noviembre de 1817, don Fernando Marín, desde Madrid, como teniente coronel agregado del Batallón de Infantería Ligera de Voluntarios de Tarragona, solicitaba en un Memorial <sup>1</sup>, de don José Palafox, una certificación donde se expusiesen los méritos contraídos en la defensa del «canton de Canfranc», y de la ciudad de Zaragoza en 1808-1809: aquí, «en el muy peligroso y difícil reducto del Pilar».

Era don Fernando García Marín un logroñés, educado en Jaca, junto a un tío suyo sacerdote. Fué en esta bella ciudad pirenaica donde contrajo matrimonio, en 1779, con doña Juana Calvo, hija del notario real don José Bernardo Calvo. García Marín sucedió a su suegro en la notaría allá por el año de 1783 <sup>2</sup>.

El futuro defensor de Canfranc se distinguió por sus aficiones humanísticas y literarias, siendo uno de los fundadores de la Real Sociedad Económica de Jaca <sup>3</sup>. La tutela de su tío aficionándole a las letras daría como resultado que a lo largo de su vida publicase, en 1817 y en 1834, dos deliciosas obras dedicadas a los sitios de Zaragoza, con estilo grácil, lleno de encanto.

El notario, *escribano* lo llama Alcayde Ibieca <sup>4</sup>, sería otra vez un militar por la fuerza de los acontecimientos, cuando había pasado el

1. A. D. Z., C. 1.<sup>a</sup>, L. 9. El documento va firmado por Fernando Marín.

2. MARIO LASALA VALDÉS, *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos sitios (1808-1809)* (Zaragoza, 1908), p. 220 y 55.

3. LASALA VALDÉS, ob. cit., p. 223.

4. AGUSTÍN ALCAYDE IBIECA, *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Primera parte (Madrid, 1831), p. 23.

escollo de los cuarenta años, como resultado de su posible antigodoísmo y de su fervor por Fernando VII, guardando con cerca de un millar de hombres la frontera de Canfranc y siendo, quizá, el primer español que batiese a los franceses en su propio suelo, cuando la guerra de la Independencia, en el verano de 1808, inauguraba una nueva etapa en la historia española.

El nuevo jefe militar tenía un excelente historial guerrero, pues en las campañas de 1794-1795 alcanzó el grado de capitán, por combatir a los franceses, en su propia frontera, con notable brillantez. Terminadas aquéllas, volvió a su despacho notarial, aun sin dejar de interesarse por las cuestiones militares <sup>5</sup>.

Palafox, una vez puesta Zaragoza a su servicio, asegurada su fidelidad a la nueva causa, adoptó urgentes medidas para tener en sus manos los puntos vulnerables y de valor estratégico de todo Aragón y su *binterland*. Fueron unos días difíciles para el joven capitán general, cuando mayo se acababa y se iniciaba junio de 1808, ya que había que poner en gran tensión toda la región aragonesa: reclutamiento, acopio de recursos, depuración de los mandos militares y de las autoridades civiles... y muy en especial la tarea de conseguir la unificación de todo el reino y de las zonas situadas junto a sus límites, como Soria y Lérida —alejadas en aquellos momentos de sus centros políticos por estar ocupados por los franceses—, bajo un mando común, con el sometimiento de las unidades de voluntarios surgidas al socaire del levantamiento <sup>6</sup>.

Para conseguir este objetivo, Palafox envió personas de su más absoluta confianza a distintos lugares aragoneses <sup>7</sup>. Uno de ellos fué Jaca, de vital importancia <sup>8</sup>, casi obsesionante para Palafox, muy en especial en los últimos días de los Sitios. Jaca defendía a Zaragoza de una posible invasión francesa por los Pirineos Centrales, pero además estaba fortificada <sup>9</sup>, tenía una guarnición, artillería <sup>10</sup> y recursos propios.

5. LASALA VALDÉS, ob. cit., p. 231.

6. JOSÉ GÓMEZ ARTECHE, *Guerra de la Independencia* (Madrid, 1868), t. I, p. 406; LORENZO CALVO, *Resumen histórico de la inmortal ciudad de Zaragoza en el año 1808* (Madrid, 1838), p. 4; véase también ALCAYDE IBIECA, ob. cit., p. 22.

7. ALCAYDE IBIECA, ob. cit., p. 21 y 55.

8. ALCAYDE IBIECA, ob. cit., p. 23.

9. Jaca era una de las seis plazas fortificadas de Aragón, y la única en el Pirineo junto con Benasque. La ciudad se encontraba amurallada y almenada, unida a la Ciudadela. GÓMEZ DE ARTECHE, ob. cit., p. 506; JOSÉ MANUEL CASAS TORRES, *Esquema de la geografía urbana de Jaca* (Zaragoza, 1946), p. 70 y 11; RICARDO DEL ARCO, *La Ciudadela de Jaca*, «Archivo Español de Arte», n.º 71.

10. GÓMEZ DE ARTECHE, ob. cit., t. I. Apéndice 12.

Incluso podía ser una zona de defensa en caso de tener que refugiarse las tropas españolas en el Pirineo ante una posible y total derrota en el Ebro.

Don Ignacio López Pascual fué el encargado de conseguir la fidelidad de Jaca <sup>11</sup>, mejor dicho, de ponerla a las órdenes de Palafox. Era un zaragozano <sup>12</sup> bautizado en la parroquia de San Gil, capitán retirado de artillería, en cuyo Colegio Militar de Segovia se distinguió como profesor de fortificación y uno de los dos especialistas en este arte bélico que había en Zaragoza cuando ocurrió el primer Sitio. Hombre fino por su afición a las letras, de tal manera que mereció el elogio de Quintana <sup>13</sup>. Valiente y gallardo, es una de las figuras más destacadas y heroicas de la gesta zaragozana. Leal a la causa antifrancesa por ser además antigodoísta, salió de su retiro pacífico para adentrarse en el azar de la guerra en un ardoroso servicio que le haría morir aún joven <sup>14</sup>.

Por su afecto a la persona de Palafox, éste, el 29 de mayo de 1808, en el primer servicio de los muchos que de esta clase llevaría a cabo, lo destinó a Jaca para organizar la puesta en marcha de su dispositivo de defensa y la de todos los valles pirenaicos, de los que aquella ciudad es clave y centro, amén de prepararla para el servicio político y militar de Palafox, pues ya a causa del propio hecho del levantamiento, la situación anárquica en que se encontraba ofrecía serias dificultades. Alcayde Ibieca lo dice: «El Capitán de Artillería don Ignacio López partió luego a Jaca para asegurar aquel importante punto» <sup>15</sup>.

En la ciudad jacetana era gobernador militar interino, en ausencia de don Juan O'Neill, don Patricio Kindelán <sup>16</sup>, sospechoso, inmerecidamente, de godoísta y por lo tanto de afrancesado, para el pueblo ya en armas contra Napoleón. Al enlazar Ignacio López Pascual con Kindelán, a quien inmediatamente por orden de Palafox envió a Zaragoza, fué confundida, por el sigilo con que la llevó, su gestión. Los jacetanos se amotinaron poniéndole en una situación comprometida, pues estuvo a punto de ser linchado por la multitud enardecida ante el rumor de que había llegado un comisionado de Godoy <sup>17</sup>.

11. ALCAYDE IBIECA, ob. cit., p. 23. CALVO, ob. cit., p. 24.

12. LASALA VALDÉS, ob. cit., p. 74 y 55.

13. QUINTANA, «Semanario Patriótico de Cádiz», n.º 49 (1810).

14. LASALA VALDÉS, ob. cit., p. 76; ALCAYDE IBIECA, ob. cit., t. III, p. 120 y 55.

15. ALCAYDE IBIECA, ob. cit., p. 20.

16. D. F. G.—M. y S., *Memorias para la historia militar de la guerra de la revolución española* (Madrid, 1817), p. 26. Los jacetanos habían ocupado la Ciudadela nombrando un nuevo ayuntamiento. La situación era, pues, caótica.

17. ALCAYDE IBIECA, ob. cit., p. 23.

La intervención enérgica del futuro teniente coronel de los Voluntarios de Jaca, entonces notario y hombre de letras, como Ignacio López, Fernando García Marín, le salvó de la muerte e hizo que los ánimos se pacificasen<sup>18</sup>. En los primeros momentos de la guerra de la Independencia, el levantamiento contra los franceses tiene unas raíces políticas y sociales evidentes: desconfianza hacia la autoridad constituída, hacia los mandos militares, hacia los ricos y en muchos casos hacia los aristócratas... Un clima de venganza y tensión social invade Aragón en aquel verano de 1808 que convierte a veces los sucesos del levantamiento en secuelas de una auténtica guerra civil<sup>19</sup>.

El capitán López Pascual en muy pocos días, y con una eficacia sin igual, adoptó las medidas necesarias para poner en situación de guerra el Pirineo aragonés, regresando a Zaragoza. En esta reorganización militar, unificando intereses y competencias entre los distintos grupos rebeldes contra Napoleón, dando normas para la recluta de hombres, encargándola a personas competentes, hubo de tocarle al escribano Fernando García Marín la defensa de Canfranc. Posiblemente ambos, salvador y salvado, se conocían de antes. Ambos tenían aficiones y gustos semejantes. Amistad o conocimiento que se desprende del gesto de García Marín, y cuya recompensa sería el puesto más importante del «aparato» militar que Ignacio López organizó: Canfranc, pues se temía que los franceses—se tenía noticia de sus movimientos tras la frontera—intentasen tomarlo, con grave peligro para Jaca. Los jacetanos sublevados lo creían así impresionados por los rumores, que sobre este motivo calentaban sus imaginaciones, cuando prácticamente esta invasión, invasión en masa, era imposible.

Canfranc ha sido siempre una vía de penetración y comunicación desde y para Francia hacia el valle del Ebro. Penetración religiosa, cultural y económica<sup>20</sup>, que a lo largo de la Edad Media debió ser muy intensa y alcanzó su esplendor económico hasta mediados del siglo xvii.

18. LASALA VALDÉS, ob. cit., p. 75.

19. M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, *Orígenes del régimen constitucional de España* (Madrid, 1918), p. 68 y 55; JUAN MERCADER RIBA, *La Junta igualadina en 1808-1809, gobierno faccioso* (Igalada, 1950).

20. JUAN LACASA, *Para la historia de Canfranc*, «Aragón» (1918), n.º 34, p. 208 y ss.; JOSÉ MARÍA LACARRA, *Un arancel de aduanas del siglo xi* (Zaragoza, 1952); VIRGILIO VALENZUELA FOVED, *Historia y Arte del Monasterio de San Juan de la Peña* (Huesca, Instituto de Estudios Oscenses, 1954).

Paso pirenaico que cae a peso sobre Zaragoza <sup>21</sup>. Y cuya importancia como vía de intercambio histórico deja de tener trascendencia en cuanto la unidad hispánica se realiza alrededor de la meseta castellana <sup>22</sup>.

Como vía de comunicación militar deja de ser importante en cuanto maniobran las grandes unidades de combate y la artillería, y los abastecimientos se convierten en un problema logístico. Canfranc, por ser un paso donde es imposible la utilización de estos elementos y muy en especial a causa del camino real que enlazaba Francia con España, estrecho e incómodo, a pesar de ser el más amplio de los Pirineos centrales, se hace inaccesible a toda gran empresa bélica <sup>23</sup>. Por esto, Canfranc y los Pirineos aragoneses guardaban las espaldas a Zaragoza, lugar clave para la posesión del valle del Ebro, que tanto importaba a Napoleón. En ello está la trascendencia de Zaragoza, su valor estratégico como ruta obligada de Barcelona a Madrid, de Pamplona a Valencia <sup>24</sup>.

Por esto Napoleón, lo mismo que pensó en tender un puente sobre el Ebro, para unir las dos orillas y así completar mejor el sitio de Zaragoza, también llegó a proyectar la construcción de una gran carretera <sup>25</sup> que hiciese practicable el paso de Canfranc y con ello herir de muerte a la ciudad fundada por César Augusto, teniendo así en sus manos la llave del Ebro medio. Incluso cuando se preparaba para dar el gran asalto a España con su venida personal, movilizó grandes efectivos en la frontera pirenaico-aragonesa, como cobertura y como posible e hipotética ayuda a las tropas que operasen en la región aragonesa.

Pero el caso es que sólo una vez fueron atravesados los pasos pirenaicos de Aragón por los franceses con cierto número de efectivos: cuando la retirada de la División Clausel en 1813. Tanto Canfranc como Sallent hubieron de ser testigos de las enormes dificultades que los soldados en esta retirada sufrieron, dejándose en sus riscos la mayor parte del material <sup>26</sup>.

21. A. GIMÉNEZ SOLER, *Somport-Zaragoza*, «Aragón», n.º 34, p. 218; J. GÓMEZ ARTECHE, *Geografía histórico-militar de España y Portugal* (Madrid, 1880), p. 28.

22. IGNACIO ASSO, *Historia de la economía política de Aragón* (Zaragoza, 1949), p. 185 y ss. La población decrece de 74 fuegos en 1495 a 46 en 1650; JOSÉ M. CASAS, ob.cit., p. 168.

23. JOSÉ DÍAZ DE VILLEGAS, *Geografía militar de España* (Madrid, 1940), p. 216.

24. CHARLES OMAN, *A History of the peninsular war* (Oxford, 1903), p. 72 y ss.; J. GÓMEZ ARTECHE, *Geografía*, etc., p. 41; FRANCISCO LARREA LISO, *Importancia estratégica actual de Aragón, en particular de Zaragoza* (Zaragoza, 1885), p. 34 y ss.

25. «Memorial des Pirinées», n.º 18, julio 1861. Se da cuenta de cómo Napoleón I la llamaba carretera 134 que terminaría Napoleón III.

26. J. GÓMEZ ARTECHE, *Geografía histórico-militar de España y Portugal* (Madrid, 1880), p. 187 y ss.

El valor defensivo de los pasos aumentaba en cuanto llegaba octubre y la nieve los obstruía. Sólo los contrabandistas podían operar, pero nunca unidades militares. Entonces prácticamente Aragón quedaba aislado de su región simétrica en la nación vecina: el Béarn.

Aunque si bien en la época estival Canfranc no permitía una gran comunicación militar, sin embargo no dejaba de tener su importancia, pues a través de este paso se podían realizar misiones de carácter informativo, de acopio de víveres o de simple reconocimiento y de hostigación de la retaguardia de ambos bandos. De ahí que Palafox se apresurase a enviar a un oficial de su confianza para arreglar el pleito surgido entre los jacetanos y Kindelán, y además para que taponase los pasos pirenaicos. Por esto, tal vez, Ignacio López enviase a García Marín, otro hombre de confianza, a obstruir, y a poner en situación de defensa, el más importante de estos pasos: el de Canfranc, dando lugar a una serie de operaciones, de no mucha importancia bélica, pero que fueron suficientes para paralizar a los franceses en tan significado punto, que de no ser así, al menos habrían realizado incursiones, en nuestro territorio, de reconocimiento y castigo.

Fernando García Marín fué destinado, el 10 de julio de 1808, con cerca de 1.000 hombres a su mando: 700 de la 1.<sup>a</sup> Compañía de Voluntarios de Jaca, que más tarde se llamaría Primer Tercio de Jaca, con un pequeño refuerzo constituido por el Primer Batallón de Voluntarios de Huesca que fundó don Pedro Ena <sup>27</sup>.

Tropas bisoñas, abigarradas, y muchos de sus componentes sin armar, que pronto fueron instruídas, y especialmente adiestradas en la guerra de montaña como pudo comprobarse, después, al tener un comportamiento heroico en la defensa del reducto del Pilar durante el segundo Sitio. Canfranc se encontraba sin ninguna fortificación y, según el propio García Marín, tenía enfrente tropas enemigas de mayor entidad, en número y preparación <sup>28</sup>.

Una vez tomadas posiciones junto a la frontera, la presencia francesa se hizo sentir de una bien curiosa manera. El 17 de junio, a las doce

27. La Compañía de Jaca fué fundada el 15 de junio de 1808. Más adelante, en octubre, fué llamada Primer Tercio de Jaca. Con este nombre luchó en el segundo sitio de Zaragoza; GÓMEZ ARTECHE, *Guerra...*, t. IV, p. 553.

28. CASTO BARBASÁN NEGUERUELA, *Pequeñas operaciones en Canfranc en el año 1808* (Madrid, 1908), p. 7 y 11. Es un folleto en el cual se publica íntegra y con muy pocas variantes lo que el propio García Marín cuenta en sus *Memorias*, p. 25 y ss. Seguramente encontró el original y se limitó a publicarlo íntegramente con breves comentarios, casi ninguno, desconociendo que García Marín había publicado su obra ya en 1817.

y media de la noche, el comandante francés, situado en Pau, envió al jefe español una misiva, que García Marín no publica en sus *Memorias*<sup>29</sup>, porque habría tal vez frases en las que la familia real española quedase mal parada, y donde se alegarían las razones que tenía Napoleón para ocupar España: legitimación de esta ocupación basada en un gobierno progresivo para los españoles bajo las garantías ofrecidas por las Cortes de Bayona. Pero, aparte de estas consideraciones de orden ideológico y propagandístico conducentes a abrir una fisura moral en las tropas españolas, el comandante francés solicitaba entrevistarse con el español, sin duda, para conseguir ventajas desde el punto de vista práctico inmediato. Todo esto se desprende de la carta de contestación del propio García Marín y también del conocimiento obtenido a través de la propaganda napoleónica para España.

Confiesa García Marín que vaciló en aceptar la proposición que se le hacía. Esta vacilación pudo nacer del clima de desconfianza y de susceptibilidad apasionadas que existió en la sociedad española a comienzos de la guerra de la Independencia. Cualquier gesto no bien interpretado podía ser tachado de traición—si tenemos en cuenta el manuscrito de mosén Lacadena escrito durante los mismos sitios de Zaragoza, esta acusación o sospecha alcanzó al propio Palafox—. De esta suspicacia no se vería libre García Marín, como veremos después. Y era como para vacilar ante un contacto, sin testigos, con el comandante francés, que podía ser considerado hasta por sus propios voluntarios caprichosamente. De ahí que en sus *Memorias* insista en las razones que le llevaron a aceptar la entrevista, tales como la de conocer «sin riesgo» la situación de las fábricas de hierro colado de Urdous, las avanzadillas y proyectos del enemigo, así como para que éste no viese debilidad o desconfianza en las tropas españolas<sup>30</sup>.

La contestación fué remitida por un oficial, con misión al mismo tiempo de reconocer las líneas francesas, cosa que no pudo realizar por ser detenido en la primera avanzada napoleónica situada en Peyranera. En ella iban las razones que tenía el comandante español para no aceptar las proposiciones del francés. Unas razones que pueden ser como las genéricas de los españoles que se levantaron contra Napoleón. La vida política de la nación había tomado un nuevo giro con la abdicación de Carlos IV en Fernando VII, pues para García Marín esta abdicación

29. F. GARCÍA MARÍN, *Memorias*, p. 28.

30. F. GARCÍA MARÍN, *Memorias*, p. 29.

había sido absolutamente libre, cosa que no había ocurrido en la que el mismo monarca había hecho en Bayona; la abdicación primera había traído consigo el reconocimiento clamoroso de Fernando VII, a quien García Marín y sus hombres se debían, y por quien luchaban como todos sus compatriotas, cuyas fuerzas físicas y morales eran consideradas de calidad «superior al imperio napoleónico», ofreciendo la muerte antes que claudicar. La razón de obediencia del nuevo rey era muy superior a toda otra potestad, incluyendo a las Cortes de Bayona, por creerlas «clandestinas» y carentes de toda personalidad representativa. Termina su carta García Marín con un gesto arrogante: «Consiento salir al encuentro de Vm. al punto de San-Port [sic] en la hora que señala, únicamente por condescender a su ruego, pues por mi parte nada solicito ni tengo que exponerle».

Cómo se desarrolló la entrevista el propio García Marín puede indicárnoslo en sus *Memorias*: «A las diez y media llegó a San-Port aquel Gefe con los soldados bien vestidos y armados, y dos paysanos de muy buen porte. La cima del monte tiene el diámetro de una gran era, perfectamente nivelada. La escolta española formaba una línea paralela a la francesa: ambos comandantes partieron a un tiempo para el centro, y después de los cumplimientos políticos regulares, hizo el francés varias proposiciones y solicitudes inadmisibles; añadiendo no se impidiese el pastar en aquellos puertos a los ganados de los pueblos franceses vecinos que tenían derecho o costumbre de hacerlo, y que por ambas partes se retirasen las tropas a seis u ocho leguas de la frontera, quedando neutral el país intermedio».

»Estas y otras pretensiones que propuso fueron desestimadas por el comandante de Canfranc, que penetró los designios y el interés que en ellas tenía el enemigo; a quien manifestó nuevamente la atrocidad de los procedimientos de Bonaparte, y el envilecimiento y degradación de la Francia, convenciéndole con argumentos y razones concluyentes de la justicia de nuestra causa. El francés se conmovió, apretó a aquél la mano, y con un mudo silencio, bajando los ojos pareció confesarla y detestar la traydora usurpación de su amo»<sup>31</sup>.

Veamos en este relato algunos hechos concretos. Además de que a García Marín le chocó la presencia marcial de los soldados de la escolta francesa, tal vez por el contraste con los irregulares atavíos bélicos de los de la suya, y aparte de las *proposiciones inadmisibles*, que nunca sabre-

31. F. GARCÍA MARÍN, *Memorias*, p. 34 y ss.

mos cuáles fueron—que pudieron ser desde el intento de convencerlo de la inutilidad de su postura hasta el mismo soborno—, se observa que los franceses tenían dos objetivos prácticos a conseguir: la declaración de una zona neutral a lo largo de la frontera que les garantizaba que sus tropas no serían molestadas, y por otro lado la posibilidad de que el ganado francés pastase en territorio español como si la guerra no existiese, medida necesaria no sólo para mantener la economía ganadera de la región, sino además para poder seguir abasteciendo de carne a las unidades militares que cada vez eran más importantes en Burdeos y Bayona. Por último, parece muy fuerte creer que el comandante galo reconociese la justicia de la causa española. Pudo ser una autoalabanza de García Marín, una apariencia o tan sólo una muestra de la *politesse* de allende los Pirineos. Esto está demostrado porque el propio García Marín cuenta cómo el llamado «Diario de Pau» dió a conocer la entrevista con frases injuriosas para él. También García Marín resalta cómo Palafox aprobó el que hubiera aceptado la invitación francesa, aunque después, cuando solicite de él la certificación de sus servicios, olvide hacerla constar.

Roto el posible *statu quo*, que el comandante francés había buscado, fueron varias las acciones realizadas en contra de los franceses, quienes sólo en una ocasión, según García Marín, atacaron a iniciativa propia. Estas operaciones duraron exclusivamente de junio a octubre, hasta cuando las nieves hicieron imposible cualquier maniobra militar por pequeña que fuera, y cuando Palafox necesitaba agrupar en el Ejército de Aragón todas las fuerzas disponibles, al efecto de defender el paso del Ebro por Tudela y, como consecuencia de ello, Zaragoza en su segundo sitio.

Las operaciones pirenaicas—de cierta entidad, pero que ni por los hombres que intervinieron, ni por el material, fueron de gran volumen—tuvieron una base informativa: dos agentes españoles y un espía francés operaban en Olorón cubriendo la línea que va desde Toulouse a Burdeos, recogiendo toda suerte de noticias y de periódicos que se remitían al Cuartel General de Palafox. Además existía un sistema de *escuchas*, que diariamente se introducían en territorio enemigo, para advertir <sup>32</sup>

32. *Memorias para la historia militar de la guerra de la revolución española, que tuvo principio en el año de 1808 y finalizó en el de 1814* (Madrid, 1817); *Fe de erratas y correcciones al estilo, lenguaje, contradicciones y equivocaciones de la Obra Histórica de los dos memorables Sitios de Zaragoza* (Zaragoza, 1834). Son dos obras muy raras de encontrar hoy día. La segunda está dedicada a demostrar la falta de objetividad de la obra de ALCAIDE IBIECA, que intenta hacer creer que la gesta de los dos sitios fué obra del pueblo zaragozano en sí, oscureciendo la labor de Palafox y de los jefes militares que dirigieron ambos asedios. La obra de ALCAIDE IBIECA hay que ponerla en cuarentena siempre que no sean datos concretos lo que en ella se busque.

sus movimientos más inmediatos. Las tropas francesas se apoyaban en el Somport, custodiando su camino real con una fuerte avanzada en la posición llamada Peyranera.

La primera acción tuvo lugar el 29 de junio, antes de que los franceses retirasen definitivamente los ganados de la zona limítrofe con la frontera. Intervinieron 150 hombres, partiendo de la venta de San Antón, de modo que, rebasando la avanzada de la Peyranera, se apropiaron de 2.000 cabezas de ganado lanar y caballar junto con 350 arrobas de lana, cayendo prisioneros los pastores, que habían sido armados como consecuencia de la negativa española al libre pastoreo. El botín fué enviado a Jaca con destino a la intendencia militar <sup>33</sup>.

También en el mes siguiente, o sea en julio, como resultado de una maniobra de hostigamiento, se apoderaron de unos 45 fardos de «estofas» finas y otros géneros ocultos en territorio francés, valorados en 300.000 reales <sup>34</sup>. La confidencia también se recibió desde Olorón. La mercancía fué remitida a Jaca.

El 15 de agosto, con motivo del cumpleaños de Napoleón, los franceses prepararon un golpe de mano para destruir la batería situada en la posición llamada la Espelunca, compuesta de dos cañones y dos obuses. Desde Olorón previnieron de ello al comandante español, por lo que éste pudo realizar una brillante acción militar, que empezó por la mañana de aquel día <sup>35</sup>, en que las tropas españolas, bien conducidas y dispuestas por su jefe, maniobraron con rapidez y habilidad frente a la lentitud de las francesas, superiores en número e incomprensiblemente apocadas e indecisas y situadas en una línea demasiado larga para su número. Para esto García Marín reforzó la propia posición de la Espelunca y demás puestos avanzados—el denominado del Pino con 100 hombres—para cubrir la carretera de Francia, poniendo en la cota de Santa Cristina 400 hombres apoyados en un barranco que la divide de Norte a Sur, y emboscó 100 infantes en las ruinas de la venta del mismo nombre para atacar por la izquierda, ordenando que 30 de sus más audaces montañeros pasasen por el Tobazo a colocarse de espaldas y a la derecha de los franceses situados en el Somport. El objetivo era atraer

33. F. GARCÍA MARÍN, *Memorias*, p. 38.

34. F. GARCÍA MARÍN, *Memorias*, p. 45 y doc. cit.; BARBASÁN, ob. cit., p. 18.

35. F. GARCÍA MARÍN, doc. cit. Indica que a las ocho. En las *Memorias*, p. 39, dice a las diez, aunque la maniobra empezó la tarde anterior; BARBASÁN, ob. cit., p. 19, también confirma lo de las diez. La acción, según GARCÍA MARÍN, en doc. cit., terminó a las cinco y media.

a los franceses hacia Santa Cristina y envolverlos. Pero éstos no se decidieron, tal vez sorprendidos por haber sido prevista su operación, y García Marín no esperó más, dando la orden de ataque a las tres y media de la tarde. Su dispositivo funcionó a la perfección, siendo ahuyentadas las tropas imperiales nada menos que hasta las puertas de Urdous <sup>36</sup>. La maniobra realizada impecablemente demostraba la pericia militar del cuarentón García Marín <sup>37</sup>, más dado a las letras y a los protocolos notariales que al noble ejercicio de las armas, y también el grado de entrenamiento de estas tropas, que más tarde combatirían durante el segundo Sitio zaragozano en los lugares más comprometidos de la defensa.

La tercera de las acciones que tuvieron lugar en esta zona fronteriza, fué la destrucción de las fábricas de hierro colado existentes en Urdous y que poseían los depósitos en Bayona y Navarrens. Estaban bien custodiadas, por lo que García Marín esperaba el momento oportuno de que esta vigilancia se debilitase; mas como las nieves se anunciaban amenazadoras y dispuestas a cortar el paso de Francia, proyectó una *razzia* a Urdous para conseguir su objetivo <sup>38</sup>.

García Marín preparó la incursión minuciosamente, tomando por la noche las alturas cercanas al camino real francés, dividiendo sus tropas en dos grupos: uno de apoyo y otro de ataque. Con éste, dos horas antes de amanecer, se situó en el Somport, de donde partiría rebasando la primera avanzada de Peyranera, y después el segundo escalón compuesto de una guarnición de 60 hombres, situada a sus espaldas, hasta llegar a las instalaciones de Urdous, de las que se dieron a la fuga los 30 soldados que las vigilaban. Fueron incendiados cinco almacenes, demolidos o volados los demás edificios, así como la maquinaria y canales de fundición, haciéndose algunos prisioneros, entre ellos la mujer del director de la factoría, trasladándolos a territorio español. El botín consistió en herramental, ollas de campaña y varios quintales de hierro y cobre fundidos en barras, que fueron destinados a la Maestranza de Artillería, donde buena falta hacían. El traspasar la frontera ocasionó a los expedicionarios no pocas dificultades a causa del mal estado del camino y también por el hostigamiento que los franceses como reacción realizaron, pero neutralizado por las tropas españolas situadas con pre-

36. «Gaceta de Zaragoza», 20 de septiembre de 1808.

37. BARBASÁN, ob. cit., p. 18.

38. «Gaceta de Zaragoza», 1 de noviembre de 1808.

visión para sostener la retirada de sus compatriotas. Una vez pasado el peligro, fué devuelta la prisionera, tratada con toda etiqueta, con una escolta al mando de un oficial para su mayor seguridad.

Aún le quedaba a García Marín, antes de ser llamado a Zaragoza, una operación por realizar. Esta sería la destrucción de la avanzada principal de los franceses, la llamada «venta o casa nueva de Peyranera», situada ventajosamente sobre las líneas españolas y punto de apoyo de la defensa francesa <sup>39</sup>.

Incorporadas las tropas pirenaicas a la defensa de Zaragoza, una vez impracticables los pasos fronterizos por la nieve, que hacía imposible toda maniobra bélica en el sector de Canfranc, tuvieron una gloriosa conducta. García Marín, su jefe, se distinguió en la defensa del Arrabal, en las ruinas del monasterio de Santa Engracia y en el reducto del Pilar, donde fué herido gravemente <sup>40</sup>. Al final de este segundo Sitio, fué hecho prisionero y sacado de Zaragoza con la tristemente célebre columna del general Morlot, en la que fueron asesinados muchos de los prisioneros <sup>41</sup>. Durante este éxodo que lo condujo a Francia perdió su equipaje y, con él, el real despacho de teniente coronel, que Palafox le extendió el 22 de agosto de 1808 <sup>42</sup>.

Terminada la guerra, habría, como otros muchos, de solicitar de Palafox el reconocimiento del grado obtenido, como así se lo hizo en enero de 1815. Pero dos años más tarde, y al efecto de que constasen en su Hoja de Servicios, volvió a requerir al general para que certificase los hechos de guerra que había realizado bajo su mando. Hechos, según él, los siguientes: servicio continuado desde el 10 de junio en que fué nombrado jefe de la frontera por Canfranc, hasta el 20 de febrero de 1809, en que los franceses lo capturaron; instrucción y adiestramiento de las tropas que tuvo bajo su mando, y acciones de guerra como la captura de 2.000 cabezas de ganado cogidas al enemigo, el botín de los 45 fardos de «estofas» finas ocultas y de las que se apropió, desmantelamiento de las instalaciones metalúrgicas de Urdous, demolición de la venta de Peyranera y el combate del Somport, amén de su actuación en el segundo sitio, de la que da cuenta así <sup>43</sup>: «...Se sirvió V. E. destinar al expo-

39. «Gaceta de Zaragoza», 1 de noviembre de 1808.

40. GARCÍA MARÍN, doc. cit.; LASALA VALDÉS, ob. cit., p. 223; ALCAYDE IBIECA, ob. cit., t. II, p. 101 y ss.

41. GARCÍA MARÍN, ob. cit., p. 159.

42. A. D. Z., C. 1.<sup>a</sup>, L. 9, D. 6.

43. Doc. cit.

nente al punto de Santa Engracia y reducto llamado del Pilar, el más interesante y de más riesgo de toda la línea; cuyo reducto atacaron los franceses el día 10 y tarde del 11 de enero de 1809, con numerosas tropas, y quatro baterías, que montaban quince piezas de grueso calibre, y lo batían por todos sus costados; y viendo el que expone que las nuestras, no pudiendo resistir su furioso ímpetu y espantoso fuego, abandonaban aquel fuerte, formó en medio del mismo fuego, arrostrando tantos y tan inminentes peligros, una guardia respetable con orden de atacar a la bayoneta a nuestros fugitivos si no se detenían; y habiendo logrado reunirlos, y puesto él mismo con sable en mano a su frente, los hizo volver a su destino, después de mil trabajos, prosiguiéndose la defensa hasta bien entrada la noche, en que cesó el fuego enemigo, habiendo recibido el exponente dos graves heridas de balas de fusil; y una fuerte contusión de un casco de granada, de que se le creyó muerto; como a más de constar todo ello a V. E., lo atestan personalmente entre otros, los coroneles don Fernando Zappino y don Josef White, testigos presenciados».

El general Palafox, que por entonces se encontraba en Madrid apartado de toda tarea pública <sup>44</sup>, ya caído en el olvido de Fernando VII, quien nunca le perdonó que jurase la Constitución de 1812 antes de su regreso a España, se dedicaba a la tarea administrativa de extender certificados sobre los méritos contraídos por los jefes, oficiales, soldados y paisanos durante los dos Sitios. La concesión de condecoraciones, y por otro lado el deseo de que los hechos de armas realizados en Zaragoza constasen en las correspondientes hojas de servicios, hacían que sobre Palafox cayese una lluvia de peticiones y solicitudes. Antes de dar el certificado definitivo, el duque de Zaragoza lo pasaba a informe de algún alto jefe que sirvió con él durante los días gloriosos de 1808 y 1809. Los méritos alegados por los solicitantes muchas veces eran exagerados o no ciertos.

Por esta razón, cuando recibió Palafox la instancia de García Marín, la envió a informe de su hermano Luis, marqués de Lazán, con el siguiente escrito <sup>45</sup>:

«Excmo. Sr.:

Paso a manos de V. E. la adjunta instancia que me ha remitido el coronel Dn. Fernando Marín, rogando a V. E. que en su vista

44. J. GARCÍA MERCADAL, *Palafox* (Madrid, 1948), p. 224 y ss.

45. A. D. Z., C. 1.<sup>a</sup>, L. 9, D. 4.

me lo debuelva, y con arreglo a lo que expone se sirva informarme sobre la identidad, mérito y certeza del interesado, para en su virtud poder resolver yo con acierto.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Madrid, 22 Noviembre de 1817».

El borrador, hecho de puño y letra del general, llevaba la palabra *urgente*. Rápida fué la contestación. Decía así <sup>46</sup>:

«Capitanía General de Infantería.

Excmo. Sr.:

Los servicios que alega el coronel don Fernando Marín son hechos desde junio de 1808 hasta la capitulación de esta Ciudad en 20 de febrero de 1809, bajo las órdenes de V. E., y por lo mismo nada me consta ni puedo decir por haberme ido a Cataluña en octubre de 1800. Posterior a esta época y después que se verificó la vil entrega de Jaca a los franceses en marzo o abril de 1809, me consta que a don Fernando Marín se le formó causa por no sé qué aviso o noticia que dió o recibió de los franceses que hivan a dicha ciudad de Jaca, cuia causa, que según decían tenía mal aspecto, se vió en el consejo de Generales formado en Tortosa y presidido por el capitán general don Joaquín Blake, cuia resolución o sentencia creo se envió a la Corte en consulta, sin que yo haya podido saber jamás qué resultado tubo. Que es todo lo que puedo informar a V. E. sobre el referido Marín.

Dios guarde a V. E. muchos años. Zaragoza, 27 de noviembre de 1817».

Hay aquí un punto vulnerable en la vida militar de Fernando García Marín: su comportamiento después de caer prisionero. Un punto oscuro no investigado y del que algún día trataremos al dedicar nuestra atención, en posterior trabajo, al levantamiento y toma de Jaca, así como a sus consecuencias para los dos sitios de Zaragoza.

Punto vulnerable que no mancha la certidumbre de los hechos realizados por las tropas montañeras, tanto en Canfranc como en Zaragoza, pues la documentación nos los da como evidentes. Ni aun siquiera la diligencia y valentía de su jefe don Fernando García Marín, que aquellos meses estivales de 1808 mientras brillantemente taponaba el posible paso de invasión que hubiera sido Canfranc, lo hacía generosamente ya que no cobró sueldo alguno, como lo demuestra el documento siguiente <sup>47</sup>:

46. A. D. Z., C. 1.<sup>a</sup>, L. 9, D. 2.

47. A. D. Z., C. 1.<sup>a</sup>, L. 9, D. 3.

«Don José Tinoco de Contreras, coronel de Infantería y gobernador interino de la Plaza de Jacca.

Certifico que don Fernando Marín, comandante de las Armas del Cantón de Canfranc, no ha percivido sueldo alguno por este su empleo ni por otro motivo, desde el día 10 de junio, con que tomó el mando de él, hasta el presente. Y para que así conste doy esta certificación a su instancia y petición, que firmo en Jacca a diez y siete de diciembre de mil ochocientos ocho.

Josef Tinoco».

Pero vulnerabilidad última que hizo titubear a Palafox al extender el certificado por el cual se alegaban los méritos de García Marín, del cual transcribimos a continuación la copia que quedó entre los papeles del héroe de los Sitios.

La indecisión del general se ve en las modificaciones que hizo de la redacción realizada por su secretario, teniendo en cuenta la instancia del propio García Marín. Palafox, al ordenar la redacción del documento, ya había señalado textualmente en la minuta: «Extiéndase un borrador acreditando sencillamente y en general los hechos». El secretario, al hacerlo, contestó: «Es la más sencilla que se puede hacer arreglada a su exposición»<sup>48</sup>.

Y a pesar de exponer el secretario en el borrador los hechos escuetamente, aún Palafox de su puño y letra hizo modificaciones, señaladas por nosotros en la transcripción de esta manera: las versalitas indican los párrafos o palabras que Palafox pone en sustitución de los del amanuense; lo que va en cursiva es lo que no debe figurar en el certificado, es decir, lo tachado, y lo que se imprime en redonda indica lo redactado de manos del secretario que Palafox acepta como bueno<sup>49</sup>:

«Borrador de Certificación. N.º 417.

Certifico: Que el coronel de los Reales Ejércitos don Fernando García Marín fué destinado por mí AL mando de las armas de Canfranc en la Frontera de Francia EN EL AÑO DE 1808 AL PRINCIPIO DE NUESTRA REVOLUCIÓN, teniendo a su cargo y en dicho punto 700 hombres los que EXERCITÓ en el manejo de las armas y TRABAJOS DE LA guerra hasta llegar al *mejor* grado QUE PODÍA ESPERARSE, con cuya fuerza logró *la victoria de* introducirse en el país del enemigo a distancia de 3 leguas, le hostilizó y le incomodó demoliéndole las fábricas de yerro colado situadas en las cercanías del pueblo de Urdous, aprovechándose de los útiles más necesarios: ganado

48. A. D. Z., C. 1.<sup>a</sup>, L. 9, D. 6.

49. A. D. Z., C. 1.<sup>a</sup>, L. 9, D. 5.

yeguar y lanar y varios prisioneros *que remitió a España*. Sostubo EN una acción *reñida*, arrojó la *guarnición enemiga* EL DECORO DE LAS ARMAS DEL REY y destruyó la *venta fortificada situada en de Peyranera a una legua corta dentro del país del enemigo* EN QUE SE DEFENDÍAN LOS RAYANOS CON EL OBJETO DE cubrir la *carrera carretera real y venciendo con fuerzas inferiores al enemigo*. IGUALMENTE el 20 de septiembre del referido año en Sant-Port, punto *que separaba* SITUADO EN la frontera de *ambos países* consiguió desalojar al enemigo y ocupar dicha situación, y habiéndose DESPUÉS hallado *después* en el 2.º Sitio fué destinado a punto de Santa Engracia y reducto del Pilar en el que hizo *servicios arriesgados de donde salió herido de bala, recibió dos heridas de balas de fusil y una fuerte contusión de un casco de granada* SU DEBER. Y PARA QUE CONSTE DONDE CONVENGA Y A PETICIÓN DEL INTERESADO, DOY LA PRESENTE QUE FIRMO EN MADRID, etc., etc.

EN LIMPIO

1.º Diciembre 1817».

Después de esto poco se sabe del defensor de Canfranc, que hizo la guerra a Napoleón en su propio territorio, don Fernando García Marín, coronel de infantería, caballero de la Orden de San Hermenegildo <sup>50</sup>, y que definitivamente dejó de ser notario de Jaca en 1823 cuando traspasó su bufete a don Lorenzo María Torres. Queda la duda de su conducta una vez prisionero, cuando a los franceses les interesaba muchísimo apoderarse de Jaca, y él, enfermo, era conducido hacia Francia en la columna del general Morlot, en la que los fusilamientos y los malos tratos eran sucesos cotidianos.

50. LASALA VALDÉS, ob. cit., p. 222.